

Deliberando en bioética: la gran suerte de contar con el cine

Moratalla, T. M.: 2010, *Bioética y cine. De la narración a la deliberación*. Madrid: San Pablo. 263 pp. ISBN: 9788484683353.

Decía Paul Ricoeur que en la narración tenemos un estupendo laboratorio del juicio y de la experiencia moral. Si algo nos caracteriza como seres humanos es nuestra capacidad y nuestra necesidad de contar historias. Estas historias —en sus diferentes plasmaciones: reales o ficticias, pasadas, presentes o futuras, artísticas o cotidianas— son, además, parte esencial de nuestro carácter ético, pues nos ayudan a conformarnos moralmente y a reflexionar sobre cuestiones éticas. La bioética, casi desde sus orígenes, comprendió la importancia de la habilidad narrativa, de la capacidad para contar y comprender historias. Más tardía y paulatina fue, sin embargo, la convicción de que acudir a la narración no es simplemente un añadido, un complemento, o un recurso, sino algo esencial al hacer de la bioética. El cine, la narración audiovisual, sin duda el arte más influyente de nuestro tiempo, es para la bioética una herramienta de primer orden, pues su (buen) uso le aporta elementos valiosos para la reflexión, la deliberación, la crítica y la toma de decisiones autónomas, responsables y prudentes. Siguiendo a Ricoeur, podemos añadir que en el cine tenemos un estupendo laboratorio para la bioética. Esta es sin duda la convicción de fondo que anima este trabajo de Tomás Domingo Moratalla, profesor de Filosofía Moral en la Universidad Complutense de Madrid y profesor-colaborador de Antropología Filosófica en la UNED.

Por eso podemos adelantar ya que el libro de Moratalla no es una propuesta más de entre los ya numerosos estudios que, de una u otra manera, vinculan cine y bioética. No en vano, la mayoría de las veces los trabajos sobre cine en bioética no pasan de ser comentarios y análisis de películas. Aunque muchos de estos trabajos son pertinentes y hasta valiosos, Moratalla echa en falta un uso más adecuado y fructífero del cine por parte de la bioética. En la mayoría de las aproximaciones al cine que hace la bioética, la película se convierte, en el mejor de los casos, en un pretexto, un medio coyuntural que suministra información. En el peor, se hace un uso ideológico del cine, donde una o varias películas de cierto éxito se convierten en ocasión para justificar y defender determinadas posiciones ya tomadas de antemano. El autor observa una importante carencia tanto en la manera en que la bioética reflexiona y hace uso del cine como en propuestas metodológicas articuladas y coherentes que faciliten dicha labor. Y a cubrir estas dos grandes deficiencias consagra el profesor Moratalla su libro.

Así, la primera parte del libro indaga y expone la manera en que mejor debemos entender la relación entre el cine y la actividad bioética

misma. Por el camino, Moratalla chocará con las dos actitudes más frecuentes de concebir esta relación. Por un lado, con la de aquellos afe-rrados a una bioética «científica» y rigurosa, para quienes la imagen narrada no puede sustituir al concepto, a la argumentación, so pena de desvirtuar la bioética. Por otro lado, con la de aquellos que, desde el vértice opuesto, desprecian la labor teórico-filosófica de la bioética, y consideran que el cine es una experiencia de la verdad que aporta por sí sola conocimiento y que puede por tanto prescindir de la reflexión crítica. A juicio de los primeros, la reflexión ética, que tiene una racionalidad propia, no necesitaría del cine —y por extensión de la narración— y en caso de utilizarlo sería sólo en forma de ejemplos de unos principios cuyo origen es completamente diferente del relato. Para los segundos, tal es la fuerza de la experiencia estética que nos proporciona el cine que la argumentación ética, los contenidos abstractos, etc., sólo añadirían confusión. Bastaría a lo sumo la crítica cinematográfica como discurso teórico. Para Moratalla, en cambio, la relación entre bioética y cine no es de exclusión o de sumisión, sino de interpretación. Prefiere pues optar por una bioética que busque el equilibrio entre principios y narración, una tercera vía que subsane las deficiencias y los excesos de unas propuestas que prestan demasiada atención a un elemento en detrimento del otro. Y esta no es otra que una bioética narrativa y hermenéutica. En palabras de Moratalla: “probablemente sea ya hora de asumir el nuevo paradigma narrativo y hermenéutico” (36).

Por eso el autor aboga por construir una «hermenéutica del cine», una reflexión sobre el cine que se apoye para tal fin en conceptos tradicionales de la hermenéutica (interpretación, experiencia, imaginación, diálogo, etc.). De hecho, el profesor Moratalla observa numerosas y sugerentes similitudes entre el cine y la hermenéutica. Ambos pertenecen a una herencia desprestigiada de la modernidad, la herencia de la imaginación. Al compartir hábitos mentales diferentes de los logocéntricos, tanto el cine como la hermenéutica nos proporcionan la posibilidad de ensanchar la comprensión de nuestra facultad racional y salir de los estrechos márgenes en los que la modernidad ha pensado la razón. De ahí que también compartan una única certeza: la sabiduría de lo incierto, la de que ante nosotros se presenta un mundo ambiguo con multitud de verdades pequeñas, tantas como persona(je)s.

Ni qué decir tiene que para la bioética narrativa y hermenéutica es esencial la práctica de la deliberación, una deliberación cuyo objetivo no es la certeza en la toma de decisiones, sino la prudencia. Moratalla sostiene la tesis de que utilizando una película en la formación en bioética podemos contribuir a modelar un estilo más crítico de deliberación. Ahora bien, y al igual que en la tradición hermenéutica, en la reflexión

sobre el cine la fundamentación no se puede separar tajantemente del método. La segunda parte del libro la dedica pues el profesor Moratalla a buscar y desarrollar un método de trabajo para que podamos convertir el cine en una práctica bioética formadora. Y lo hace adoptando el método deliberativo que en los últimos años ha desarrollado el profesor Diego Gracia para analizar casos y plantear la toma de decisiones en bioética clínica. Moratalla entiende que este método es extrapolable, con los complementos pertinentes, a otras esferas bioéticas, e incluso a la ética. Siguiendo los cuatro niveles del método deliberativo graciano (deliberación sobre los hechos, los valores, los deberes y las responsabilidades finales) y los diez pasos incluidos en ellos, Moratalla muestra cómo puede aplicarse este esquema de trabajo para deliberar sobre los problemas éticos que presentan muchas películas, y, adelantándose a las más que posibles objeciones del lector (al fin y al cabo, ¿qué tiene que ver este método con la narración o el cine?), despliega, en las que tal vez sean las páginas más brillantes y seductoras del libro, convincentes argumentos que vinculan los problemas de la ficción cinematográfica con los de la vida real y la ayuda que un buen relato puede prestarnos para deliberar sobre estos últimos. En el penúltimo capítulo, Moratalla pone a prueba la pauta metodológica presentada anteriormente y la aplica a la película *Wit (Amar la vida)*, de Mike Nichols (2001). El libro se cierra presentando un listado de películas, tanto clásicas como contemporáneas, con una breve descripción de los problemas bioéticos que laten en ellas y que el autor distribuye por bloques temáticos de bioética (problemas éticos de la relación clínica, en relación a la vivencia de la enfermedad, del inicio y del final de la vida, de la investigación con seres humanos, de bioética global, etc.).

En definitiva, *Bioética y cine. De la narración a la deliberación* es un libro ameno y de fácil lectura que acierta en la siempre difícil tarea de aunar sencillez y rigor. Sus páginas nos hablan ante todo de bioética y cine y de la conveniencia de estrechar sus lazos, pero tal vez su mayor virtud sea que lo hace recogiendo las enseñanzas de autores tan lejanos —pero al mismo tiempo tan cercanos— como Lipovetsky, Kundera, Ortega, Sócrates, Bruner, Gracia o Ricoeur. Un libro, en suma, dirigido al público en general, pero de gran utilidad para profesores de Filosofía o Ética de universidad o de instituto, siempre que, en coherencia con las tesis defendidas en este libro, abracen «el nuevo papel del profesor». Así, Moratalla recuerda que se puede enseñar bioética de diversas maneras: de manera catequética, donde el maestro comunica su saber de un modo doctrinario, desde una verdad asumida. También se puede enseñar bioética desde la neutralidad y limitarse a dar información, a exponer las diferentes teorías o las diferentes posiciones con respecto a un tema. Pero si lo que queremos es hacer buena bioética

(ética) y enseñarla de verdad, tal vez tengamos que volver a recurrir a Sócrates, el gran maestro de ética de la cultura occidental. Al igual que Sócrates, el buen maestro de ética no predica una verdad, ni se limita a presentar lo que otros dicen, sino que enseña a juzgar, a deliberar. Sólo de esta manera podrá el profesor de bioética sacarle el máximo rendimiento al potencial didáctico del cine, hacer fructífero este encuentro entre bioética y cine. Y es que, como dice Moratalla, "este libro no deja de ser una propuesta de encuentro. Es una invitación al cine y a la bioética; al cine a través de la bioética, y a la bioética a través del cine. Narración y deliberación se citan, aúnan sus esfuerzos, y nos convocan a nosotros, a cada uno de nosotros, como buenos narradores y deliberadores que somos o que, al menos, aspiramos a ser" (18).

Ion Arrieta Valero, UPV/EHU
arrieta_ion@hotmail.com